



Tres

(Historias de terror)



COLECCIÓN PLANETA ROJO

© del texto, Jordi Sierra i Fabra, 2000.

© imagen de portada: Shutterstock

Diseño de colección:

María de los Ángeles Vargas T.

© Editorial Planeta Chilena S.A., 2015

Av. Andrés Bello 2115, piso 8,
Providencia, Santiago de Chile.

www.planetalector.cl

www.planetadelibros.cl

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo por escrito del editor.

Primera edición | marzo 2000

Tercera edición en Chile | enero 2018

ISBN | 978-956-247-970-7

El libro original protege el trabajo del autor, diseñador y del equipo editorial. Comprar el original es respetar ese trabajo. No fomentes el delito de la piratería.

Impreso en China / *Printed in China*

Tres

(Historias de terror)

JORDI SIERRA I FABRA

 **Planetalector**
Literatura Infantil y Juvenil

La mansión de las mil puertas

Día de campo

El automóvil todavía no se había detenido del todo cuando las dos puertas posteriores se abrieron de par en par. Ismael y Elías habrían saltado fuera de no ser por la imperiosa orden de su padre.

—¡Esperen, caramba!

Le obedecieron, sujetando ambas puertas todavía abiertas. El hombre hizo una maniobra final, minuciosa, perfecta, dejando que el vehículo se deslizara bajo la protectora sombra de un árbol, a menos de diez metros del frondoso bosque que acababan de descubrir.

—Es que llevamos tres horas de viaje —intentó justificar la prisa de los gemelos su madre.

—¿Qué querían, que parara donde todo el mundo? Aquí al menos estaremos tranquilos. Esto es muy bonito —insistió el hombre.

—Cómo no va a ser bonito, si estamos donde el diablo perdió el poncho —se burló su mujer.

—Seguro que ningún ser humano ha puesto los pies jamás por aquí —dijo rienda suelta a su fantasía Ismael.

—Yo que tú no apostarías nada —le dio un codazo Elías señalando una lata oxidada medio oculta por las altas hierbas pero visible al otro lado de la ventanilla.

—Bueno, ¿ya? —se encogió de hombros Ismael.

—Ya, ya —suspiró su padre. Y apagó el motor, demostrando que así era.

—¡Bien!

Los gemelos saltaron fuera. Eran como dos gotas de agua, aunque no vestían igual. Se negaban a eso. De chicos su madre sí les hacía ir «de uniforme», como decían ellos. Pero eso había terminado. Ahora podían imponer su voluntad. La camisa de uno era azul y la del otro roja. Corrieron hacia la linde del bosque y se internaron en él.

—¡Fíjate, parece una selva!

—¿Habrán animales por aquí?

—Ahora por lo menos hay dos.

—¡Vale!

Era un bosque umbrío, cerrado, denso y muy húmedo, como si el sol apenas pudiera penetrar por las abigarradas copas de los árboles para llegar al suelo. También era silencioso.

Extrañamente silencioso.

—¡Ismael! ¡Elías!

Tuvieron que retroceder. Conocían las normas: primero, ayudar a sacar las cosas del auto e instalarlo todo. Después, libertad.

Su madre ya había abierto el portamaletas. Su padre se desperezaba después del largo camino a la búsqueda de un rincón en paz, feliz por haber acertado al tomar aquel pequeño sendero a la derecha de la carretera diez kiló-

metros antes. Ciertamente el lugar era mágico, y no sólo por el bosque, que parecía descender sumergiendo el valle bajo su manto verde, sino por las colinas que lo formaban y la sensación de soledad que el entorno proporcionaba. Un sitio idílico.

—No me importaría hacerme una casa aquí —suspiró el hombre.

—No le pongas, papá, que tampoco es para tanto —le reprochó Elías.

—Para un día, está bien, pero una vez visto... ¡tremendo aburrimiento! —apoyó su hermano Ismael.

Sacaron la mesita plegable, las cuatro sillas no menos plegables y las cestas con la comida y la bebida. En menos de cinco minutos todo quedó dispuesto.

—¿Comemos en una hora? —propuso ella.

—Yo ya lo haría ahora, tengo hambre —dijo él.

—¡Pfff, papá, pero si acabamos de llegar! —protestó Ismael.

—Déjales que estiren las piernas, tienen razón —se puso de su parte su madre.

—Media hora —fue la última palabra.

Decidieron no perder el tiempo. Echaron a correr de nuevo hacia el bosque.

—¡No se vayan lejos! —escucharon la voz de ella a sus espaldas—. ¡Y no se pierdan!

Desaparecieron por entre los árboles, y no se detuvieron hasta un par de minutos después, sintiéndose

realmente libres y a salvo de toda mirada que pudiera condicionarles esa libertad.

—¿Qué hacemos?

Media hora no daba para mucho. A lo más, reconocer el terreno para jugar después de comer. Por si faltara poco, el bosque daba la impresión de ser verdaderamente impenetrable.

—No se oye nada —dijo en voz baja Elías.

Siguieron avanzando, en línea recta, pero ya no tuvieron opción de hacerlo mucho más. De pronto, al cabo de una docena de metros, al apartar un matorral, vieron un claro del cual partían dos caminos a derecha e izquierda.

Y de un poste indicador, de madera carcomida, muy viejo y con dos inscripciones hechas con extrañas letras góticas: «Fuente del Buen Sabor» y «Valle de la Mansión Sin Regreso».

Aparición inesperada

Se detuvieron frente al poste, en silencio y expectantes por la sorpresa. La inscripción «Fuente del Buen Sabor» señalizaba el camino de la derecha. La inscripción «Valle de la Mansión Sin Regreso» señalizaba el camino hacia la izquierda. Ambos caminos descendían lentamente y se perdían en el primer recodo, devorados por el bosque.

Había algo solemne y misterioso en aquellas letras.

—Vaya, y creíamos estar lejos del mundo —suspiró Ismael.

—¿Tú crees que por aquí pase alguien alguna vez? —dudó Elías.

Desde luego no había huellas por ninguna parte, y el poste de madera parecía a punto de caerse por sí solo a causa de la humedad y el castigo de los años. Era como si en el fondo aquello estuviese allí desde la Edad Media, y fueran los primeros en descubrirlo en todo ese tiempo.

—¿Qué hacemos? —vaciló Ismael.

—Vamos por ahí a investigar, ¿no?

La mano derecha de Elías apuntó al camino de la izquierda.

Desde luego, ¿a quién le importaba una fuente comparado con una mansión de nombre tan curioso?

—Vale —asintió sin pensárselo dos veces Ismael.

Ya no corrieron. De mutuo acuerdo aunque sin hablarlo, ya que para algo eran gemelos idénticos como dos gotas de agua, reanudaron la marcha, dando los primeros pasos en busca del «Valle de la Mansión Sin Regreso». Ni en la mejor de sus novelas de misterio habrían encontrado un nombre tan peculiar.

Aunque lo más seguro es que se encontraran con una vieja casona en ruinas, si es que existía la tal mansión.

—Qué bien, ¿no? —dijo Elías con un halo de inquietud en la voz.

—Es lo único bueno que tienen los «días de campo» con papá —suspiró Ismael—. Como siempre vamos a lugares raros...

El camino era angosto, y muy pronto comenzó a torcer a derecha e izquierda, sin parar y de forma tortuosa. Algunas ramas lo cruzaban y tenían que ir apartándolas con cuidado. Sin embargo, el suelo estaba despejado, limpio. Ninguno lo dijo en voz alta.

—¿Y si resulta que está lejos? —Elías calculó la probabilidad de no llegar a la hora convenida.

No hubo tiempo para la respuesta de su hermano. De pronto giraron a la derecha y se encontraron frente a una fuente de piedra cubierta de verde moho y por la que manaba apenas un chorrito de agua limpia y cristalina. Estaba incrustada en una roca, y el camino moría en ella. A su alrededor, el bosque volvía a cerrarse de manera abigarrada.

—Pero si hemos tomado la dirección del valle —protestó Ismael.

—Alguien habrá cambiado el poste de lugar —le encontró una sencilla explicación Elías.

—Bueno, total han sido cinco minutos, ¿no?

Ya que estaban allí, se acercaron a la fuente para beber. Tal y como decía su nombre, el sabor era magnífico, y el agua estaba muy fresca.

—A mamá le encantará esto —dijo Elías.

Retrocedieron desandando lo andado, y al llegar de nuevo al poste indicador tomaron el otro camino. Su paso fue más vivo. No hacía falta decirlo: les picaba cada vez más la curiosidad.

El trayecto fue una copia del primero. Un sendero angosto, que se retorció constantemente a derecha e izquierda, y con el suelo despejado pese a que al final las ramas que lo cruzaban por arriba casi les impedían andar. Y también, como la primera vez, de repente, al girar a la izquierda, llegaron a su final.

—¡Ahí está! —casi gritó Ismael.

Volvían a estar frente a la «Fuente del Buen Sabor».

Los dos hermanos se miraron, incrédulos. Estaban seguros de que el camino era distinto del anterior, y en ningún momento se habían cruzado con el primero. Sin embargo...

—Qué cosa más rara.

—Desde luego, la fuente es la misma.

Lo comprobaron, y no había la menor duda. O el bosque era un laberinto o aquello no tenía el menor sentido.

Desandaron lo andado por segunda vez, casi a la carrera y sin hablar, y no se detuvieron hasta llegar frente al poste indicador, tan solemne como siempre y con sus letras góticas apuntando a ambos lados.

—¿Qué hacemos? —vaciló Elías.

Si su hermano iba a contestar, no llegó a saberse, porque apenas había terminado de hablar, escucharon la voz, a sus espaldas.

Una voz densa, profunda y gutural, como si saliera del mismo bosque.

—¿Puedo ayudarlos en algo?

El viejo del bosque

Tuvieron que contener el grito que por poco escapó de sus gargantas estallando en el silencio. Lo que no pudieron evitar fue dar un respingo, un salto hacia adelante, mientras giraban las cabezas, asustados por aquella inesperada interrupción.

Se encontraron frente a un hombre muy viejo, un anciano de cabello y barba muy largos, y tan blancos como la nieve. Vestía una túnica negra, y se apoyaba en un bastón igual de retorcido que un sarmiento. Su cara estaba surcada por cientos, tal vez miles de arrugas que se cruzaban y entrecruzaban formando un reticulado cargado de historia. Sin embargo, sus ojos poco tenían que ver con esas arrugas o la edad. Eran unos ojos muy vivos, que los miraban de forma directa y un tanto... espectral.

—Vaya, son iguales.

Dejaron que sus respiraciones se acompasaran, y ya más tranquilos lograron articular la primera palabra.

—Hola —dijo Ismael.

—Estábamos dando un paseo —dijo Elías.

—Sí, nuestros padres están ahí, al otro lado del bosque —continuó Ismael.

—Eso —ratificó Elías.

El viejo les lanzó una chisporroteante mirada.

—Domingueros —suspiró.

—¿Vives por aquí? —preguntó Ismael.

—Sí.

Sólo lo corroboró con un asentimiento de cabeza, pero no señaló en ninguna dirección.

—¿Conoces esa mansión? —Elías señaló el poste.

—Por supuesto.

—¿Cómo es?

—Un lugar mágico, cargado de leyendas.

Los dos hermanos se miraron excitados.

—¿Cómo se llega a ella? —preguntó Elías.

—Por el camino —pareció sorprenderse de la pregunta el viejo.

—¿Por este? —Ismael apuntó el sendero indicado por el poste—. Está equivocado.

—No está equivocado.

—Hemos ido por él y hemos salido a la fuente, lo mismo que cuando tomamos el camino de ella.

—Eso es porque no han mirado bien.

—¿Cómo que no hemos mirado bien?

—A veces uno va despistado y no ve lo que ha de ver.

—Pues yo diría que no.

Se enfrentaron a la extraña mirada del anciano. Por momentos parecía burlona, socarronamente irónica, y por momentos daba la impresión de ser inquietante y

misteriosa. Pero les quedaba poco tiempo para regresar y sentían la excitación producida por aquella extraña casa. ¿Y si el viejo tenía razón? ¿Y si no habían visto un desvío o lo que fuese, cubierto por la maleza?

—¿De verdad que...? —dudó Elías.

—No tienen más que seguir el camino, y él los conducirá a ella.

Levantó una mano y se lo indicó, pero más bien fue como una orden. Sin apenas darse cuenta, como si algo más allá de su voluntad los impulsara, los gemelos dieron el primer paso.

Y un segundo.

—¿Está muy lejos?

—No más de doscientos pasos.

Los dos miraron el camino, que ya giraba a la derecha. Luego volvieron a mirar atrás.

Pero el anciano ya no estaba allí.

Había desaparecido.

La Mansión Sin Regreso

No supieron qué hacer.

—¿Dónde se ha metido?

—Ni idea. Es como si se hubiese esfumado.

—¡Bah, no era más que un viejo loco, uno de esos ermitaños que viven solos!

—¿Seguimos? —dijo Ismael.

—¡Pues claro! —le empujó Elías.

—Se nos va a hacer tarde.

—Le echamos un vistazo y nada más. Ya volveremos después de comer.

—De todas formas, seguro que damos otra vez con la fuente —suspiró Ismael desalentado.

Se concentraron en el camino, especialmente en ambos márgenes, buscando un posible desvío oculto por la maleza. Su paso era más lento que la vez anterior, y aún lo fue más a medida que avanzaban. Hasta detenerse.

—Oye —dijo Elías—, ¿hemos pasado antes por aquí?

—Supongo que sí, no sé.

—Parece... diferente.

Era cierto. No sólo el sendero, también el bosque que los rodeaba había cambiado, cerrándose aún más a ambos lados y por arriba, donde ya no se veía el menor

retazo de cielo. El terreno, por si faltara poco, se iba escarpando más.

—No puede ser que este sea el mismo camino de la primera vez.

—Esto es tan raro.

—¿Nos volvemos? —exteriorizó sus dudas Elías.

—¡No! —protestó Ismael con dolor.

—¿Y si nos perdemos?

—Mientras sigamos el sendero no podemos perdernos. Pero no lo dijo muy convencido.

Unos metros más allá ya no pudieron avanzar uno al lado del otro, sino en fila india, y a veces agachados para eludir las ramas de los árboles, o saltando por entre ellas. La humedad se les pegaba a la piel.

—¡Cuidado!

Elías logró sujetar a su hermano, que había resbalado en una piedra cubierta de moho. Los dos quedaron sentados en el suelo respirando con agitación.

Rodeados por el mayor de los silencios.

—Oye, esto no me gusta nada —reconoció Elías.

—Puede que tengas razón. Será mejor que...

Dejó de hablar. Una suave brisa procedente de alguna parte imposible, porque por allí era difícil que pasara nada, movió las ramas frontales, agitándolas lo suficiente para que, a través, vieran la silueta de un torreón de piedra.

Fue muy rápido.

La brisa cesó y las ramas volvieron a ocultarlo.

—¿Has... visto eso? —susurró Ismael.

—¡Vamos! —se puso en pie Elías.

No tuvieron que dar más de cinco pasos. El bosque terminaba de forma inesperada y allí, delante de ellos, en mitad de un pequeño valle rodeado por los árboles que lo envolvían sin casi dejarla respirar, vieron la casa, la Mansión Sin Regreso, un edificio enorme, viejo y parcialmente en ruinas, aunque sus muros fuertes, de piedra, se mantenían en pie con orgullo, lo mismo que el torreón, alto como la almena de un castillo. Las piedras estaban ennegrecidas por la humedad y el tiempo.

—¡Qué paisaje! —exteriorizó su emoción Ismael.

—¡Puede que dentro queden cosas! —se dejó llevar por la imaginación Elías.

Ya no pensaban en regresar. Toda precaución había desaparecido de sus mentes. La imagen era demasiado fascinante, y las sensaciones demasiado fuertes. Era un sueño hecho realidad: una casa en ruinas en mitad de Ninguna Parte. Allí podían jugar durante horas.

Se acercaron a la puerta, abierta de par en par.

Y ya no se detuvieron.